

En recuerdo de Jean-Paul Sartre

Pasado ya algún tiempo desde que el nombre de Jean-Paul Sartre inundara los titulares de los periódicos y revistas de actualidad, y a medida que el factum de su muerte va adquiriendo espesor —pronto una fecha llenará el hueco existente junto a la fecha de nacimiento de Sartre en los manuales de historia de la filosofía—, se presagia una floración de artículos en las revistas especializadas en torno a su figura; el buho filosófico sigue haciendo acto de presencia al atardecer. Quizá sea vano el intento del filósofo que, renegando de la metáfora hegeliana, pretenda levantarse con el sol; sin embargo, la figura del filósofo-enterrador o, lo que es peor, la del buitre que se alimenta de la carne de los muertos, es la que menos cuadra con aquél cuyo oficio pretende ser el de pensar. No quisiera, por tanto, caer en lo segundo; no quisiera hacer una necrológica; caeré, probablemente, en lo primero, y tendré que conformarme con levantar acta de lo pasado, pero, eso sí, con la sana intención de que el pasado siga vivo y reviva en cada nueva lectura.

Quisiera hacer una breve evocación del hombre Sartre y de su obra, pero me asalta un temor; no puedo apartar de la mente las palabras del Garcin de *Huis-clos* cuando se lamenta del uso que los que le han sobrevivido hacen con sus despojos: construyen y reconstruyen a su modo una figura que nunca existió. Sin embargo, yo, que nunca conocí al hombre Sartre, difícilmente podría recomponer los retazos de su vida; por otra parte, no soy psicólogo ni psicoanalista, no intento buscar los oscuros motivos de sus actos ni el trauma que explique el conjunto de su obra. Creo de buena fe lo que sus biógrafos más autorizados nos cuentan y, dado que él mismo revisó

y dió el beneplácito a dichas biografías, me basaré en ellas y procuraré serles fiel. Por lo que respecta a la obra, su destino es suscitar múltiples lecturas y es signo de fecundidad el que un autor lleve más allá de su propia letra escrita. No se me escapa que, con respecto a la obra, también puede pasar algo parecido a aquello en lo que no quisiera caer con respecto al hombre, pues no es difícil cortar una cita, sacarla fuera de contexto, hacer decir lo que el autor no dice, máxime ahora que ya no puede elevar su voz para deshacer malentendidos. Ahora podemos tranquilamente trazar la raya y hacer balance; esperemos que éste no suene como una última paletada, sino como una perpetua invitación al pensamiento.

En ningún caso, pero menos aún en el de Sartre, sería admisible una dicotomía entre el hombre y la obra. Sin embargo son dos cosas de distinto orden y nunca podríamos identificarlas; la obra, apenas terminada, desborda por así decir al autor, se le va de las manos, adquiere nuevas significaciones; una vida, a no ser mediante la recreación literaria, se hunde en la opacidad una vez concluída, adquiere la consistencia de lo férreamente necesario; lo que la muerte tiene de trágico, diría Sartre en una ocasión parafraseando a Malraux, es que convierte la vida en destino. Pues bien, esta distinción es la que me va a permitir referirme por un lado a los hitos principales de su vida ¹ y, por otro, esbozar un balance de sus obras principales.

A parte del "residuo objetivo" de una vida, fácilmente reducible a datos y fechas, existe un fluir del que los desgajamos. Si, dejando por un momento a un lado lo meramente fáctico, quisiéramos resumir de algún modo lo que fue la vida del hombre Sartre, creo que ningún calificativo le cuadraría mejor que el de sujeto activo y testigo de excepción de toda una época. Y si concebimos la filosofía al modo hegeliano, como aprehensión de una época en conceptos, no podremos por menos que dar a Sartre el nombre de filósofo, al cual

1. Los datos biográficos los he tomado, fundamentalmente de las obras siguientes: JEANSON, F.: *Sartre dans sa vie*, Paris, Gallimard, 1974; BEAUVOIR, S. de: *Mémoires d'une jeune fille rangée*, Gallimard, Paris, 1958; *La force des choses*, Paris, Gallimard, 1963; *La force de l'âge*, Paris, Gallimard, 1960; CONTAT/RYPALKA: *Les écrits de Sartre*, Paris, Gallimard, 1970; SARTRE, J.-P.: *Les mots*, Paris, Gallimard, 1964.

él renunció, aplicándose el más modesto de "ideólogo". No sé si será posible que el pensador se encierre en una torre de marfil; pero, en caso de que lo fuera, ésta sería la actitud más alejada de la de Sartre, pues no hubo acontecimiento que no sopesara y sometiera a elaboración conceptual. Esta actitud puede parecer incluso derrochadora, nada le fue ajeno, vivió a tope; en el ámbito intelectual su polifacetismo es igualmente desbordante. Con él hemos aprendido a leer literatura, a mirar la obra pictórica y escultórica, a ver cine; con él nos hemos paseado por medio mundo y hemos participado en acontecimientos lejanos a nosotros tanto en el espacio como en el tiempo.

El hombre y su entorno

Jean-Paul-Charles-Aymard Sartre nace en París, el 21 de junio de 1905. En ese momento, Freud tiene 49 años, Husserl y Bergson 46, Lenin 35, Picasso 24, Bachelard 21, G. Marcel y Heidegger 16, Brech 10, Lacan y Malraux, 4. El relato del casamiento de su madre y de su nacimiento nos lo hace en *Les mots*, excepcional recreación literaria de su infancia, con las siguientes palabras: "En Cherburgo, 1904, el oficial de marina Jean-Baptiste Sartre, ya roído por las fiebres de Cochinchina, conoció a Anne-Marie Schweizer, la acaparó, se casó con ella, le hizo un hijo al galope, yo, e intentó refugiarse en la muerte"². El padre de Jean-Paul muere al año de nacer éste, cuya infancia va a estar dominada por dos figuras: la mesiánica del abuelo, Karl Schweizer y la dulce y añorada de su madre. Al hecho de no tener padre atribuye Sartre en su autobiografía toda serie de ventajas, entre las que se cuentan la carencia de un super-ego y el disfrute ilimitado de la compañía de su madre. Sartre nos pinta una visión un tanto paradisiaca de esta primera infancia, que sólo se ve enturbiada por la evidencia, súbitamente comprobada, de la fealdad del pequeño Jean-Paul. Esta fealdad, sin embargo, será un acicate para que el pequeño desarrolle nuevas gracias con que suplir su carencia de belleza.

Sartre divide *Les Mots* en dos partes; la primera se titula "leer" y la segunda "escribir", dos actividades en torno a las cuales va a girar toda su vida. A la primera de ellas se entrega en edad precoz.

2. SARTRE J.-P.: *Les mots*, ed. cit., p. 8.

con el celo de un catecúmeno, presto a descubrir, uno por uno, el secreto de los libros que, como las piedras de un castillo, se aprietan en la biblioteca del abuelo. "Empecé mi vida como, sin duda, la terminaré: entre libros"³. La imagen que Sartre nos da de sí mismo es la de un niño de familia "bien", que no corretea por los campos, ni tira piedras, ni coge pájaros; es un niño de salón alfombrado. "Los libros han sido mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo"⁴. Pero estos años de infancia en que se atiborra literalmente de lecturas van a formar el humus de su memoria y el material de su futura producción. También en el terreno de la escritura hará sus primeros pinitos en época temprana.

No deja de llamar la atención que Sartre, tan prolijo en el relato e interpretación de su infancia, silencie casi totalmente su adolescencia. Su autobiografía termina alrededor de los 9 años. Sabemos, ciertamente, los datos de su escolarización, de sus cambios de liceo, a causa del nuevo matrimonio de su madre; es, sin duda, una época oscura, de la que Sartre sólo nos ha confiado algún recuerdo en el prefacio a *Aden-Arabie* de Paul Nizan, su amigo de la infancia. Parece como si estos años no hubieran sido más que un tránsito hacia el Sartre que descubrimos en las *Memorias* de Simone de Beauvoir.

Sin embargo, el año 1929 se va a llenar de acontecimientos. Sartre saca la agregación de filosofía y conoce a S. de Beauvoir, el "Castor", su compañera para siempre. Es el año de la gran crisis, pero Sartre permanece ajeno a ella; todavía no ha llegado el momento en que descubra que cualquier suceso, por mínimo que sea, afecta al universo entero. Vienen a continuación unos años en que Sartre va a ejercer como profesor de filosofía; pero no podemos referirnos a ellos sin mencionar un paréntesis que se produce en el curso 1933-34 y que va a ser uno de los acontecimientos fundamentales de la vida intelectual de Sartre —junto con la experiencia de la guerra—: su encuentro con la fenomenología de Husserl. La mente de Sartre, por aquél entonces, era un hervidero de ideas para muchas de las cuales no había encontrado aún la formulación precisa, pero a las cuales se

3. SARTRE: *Les mots*, ed. cit., p. 29.

4. SARTRE: *Les mots*, ed. cit., p. 37.

aferraba con tenacidad ; en la fenomenología va a encontrar un método y una noción-clave, la de intencionalidad, que le van a permitir dar forma sistemática a su pensamiento. Fruto de este encuentro son sus obras sobre *La trascendencia del Ego*⁵, *Lo imaginario*⁶ y uno de sus mejores artículos, escrito al calor del primer encuentro con la fenomenología: *Une idée fondamentale de la phénoménologie de Husserl: l'intentionnalité*⁷.

La guerra va a ser el otro acontecimiento decisivo, hasta tal punto que se ha querido ver en estos años un corte radical con respecto al pasado; ya veremos cómo, ciertamente, hay un cambio de mentalidad, pero cómo la continuidad de su trayectoria de pensamiento no se rompe en absoluto. La guerra enseñó a Sartre que todos estamos en el mismo barco, le enseñó la lección de la solidaridad y le obligó a un compromiso que, aunque en otro tiempo ya se le hubiera planteado, nunca llegó a aceptar. A su llegada a París, liberado del stalag alemán donde había estado como prisionero, comienza su actividad política; funda, junto con Maurice *Merleau-Ponty* el grupo de resistencia intelectual "Socialismo y libertad" y colabora en la resistencia con Gide y Malraux; pero no abandona su actividad literaria y filosófica; fruto de esta última, y de la continuidad de intereses desde la época de su estancia en Berlín, es la publicación, en 1943, de *L'Être et le Néant*, que pasa desapercibido. En ese mismo año acuña Marcel el término "existencialismo". En 1944 se constituye el comité directivo de *Les Temps Modernes*, la "revista de J.P. Sartre", cuyo título es una evocación de la película del mismo título de Ch. Chaplin.

En 1945 se produce la gran explosión existencialista. Sartre salta al primer plano de actualidad. "El Ser y la Nada", cuyo subtítulo es "Ensayo de ontología fenomenológica" sufre los estragos de la moda y es engullido por el torbellino existencialista. Me acabo de referir hace un momento a que esta obra es síntoma de la continuidad existente entre sus investigaciones de la época de Berlín y las que lleva a cabo durante la guerra; pero estamos acostumbrados a oír citarla

5. *La transcendance de l'Ego*, Paris, Vrin, 1965.

6. *L'imaginaire*, Gallimard, Paris, 1966.

7. SARTRE, J.-P.: *Situations I*, Paris, Gallimard, 1960, pp. 31-33.

como ejemplo de existencialismo. ¿Es Sartre existencialista? “Mi filosofía —le dice Sartre a Marcel en el curso de un coloquio organizado por las Editions du Cerf [es decir, por los Dominicos, apostilla S. de Beauvoir] en el verano de 1945— es una filosofía de la existencia; el existencialismo no sé lo que es”⁸. Sin embargo, la opinión pública puede más que él; capitula y acepta el calificativo que los demás le aplican. Y así, en ese mismo año, 1945, pronuncia una conferencia que se publicará un año después: *El existencialismo es un humanismo*⁹, una de las pocas obras de las que Sartre ha renegado y que da pábulo a gran parte de los malentendidos que han circulado sobre su obra. En un momento en que el existencialismo estaba en boga y dado que el gran público era incapaz de leer las 700 páginas de “El Ser y la Nada”, no tiene nada de extraño que esa obra secundaria, cuyo fin era meramente polémico, se convirtiera en “catecismo del existencialismo”. Al mismo tiempo, el coro de la crítica perezosa, se dedica a atacar una obra muy de segunda fila en vez de acometer el estudio de la obra principal.

Resulta, además, paradójico, el hecho de que el salto de Sartre a la fama y su elevación a la categoría de gran sacerdote del existencialismo coincida con la época en que su mentalidad experimenta un cambio radical. De este modo, se ve abligado a defender algo que le viene de fuera, con lo que su postura no puede resultar convincente. Su “existencialismo”, podríamos decir, es algo que se le impuso, algo que él asumió como visión que los demás tenían de él, pero cuyo fundamento filosófico es más que discutible. Y por ello tuvo que pagar un precio muy caro: el de no ser entendido.

También es esta la época en que comienza ese “matrimonio mal avenido” que constituyen las relaciones entre Sartre y el PCF. La vida ya no es un mero *ser*, una mera aventura personal; de lo que se trata ahora es de *hacer*, de organizar la acción. Y es en esta encrucijada donde Sartre se va a encontrar con el PCF. Sartre va a convertirse, en efecto, en un compañero de viaje, pero sólo en la práctica

8. Citado por JEANSON, F., *op. cit.*, p. 155.

9. *L'Existentialisme est un humanisme*, texto ligeramente modificado de la conferencia pronunciada en el Club Maintenant en octubre de 1945 y publicado en 1946 por Editions Nagel.

política, pues en el terreno teórico nunca —desde su obra primeriza sobre “La trascendencia del Ego” hasta la “Crítica de la Razón Dialéctica”— dejó de marcar sus distancias con respecto al materialismo dialéctico.

La década de los 50 es quizá la más fecunda e intensa de la vida de Sartre. Su aportación en esta época en todos los terrenos de la cultura se compagina con los viajes y el cultivo de gran cantidad de amistades, de tal manera que literalmente se derrocha y su salud se resiente de ello. No llegó a escribir la “Ética” que prometía al final de “El Ser y la Nada”, sin embargo gran parte de las reflexiones que hizo a este respecto aparecen en su obra, tan magnífica como poco leída, *Saint-Genet, comédien et martyr*¹⁰. A finales de esta década, desolado por la derrota de la izquierda y con la salud minada por el esfuerzo realizado, redacta a golpe de anfetaminas su *Crítica de la Razón dialéctica*¹¹, que aparece en 1960. Este es también el año de la muerte de Albert Camus. Un año después, en 1961, se va a producir la muerte de Merleau-Ponty. Dos viejos amigos, de los cuales le habían alejado una serie de polémicas, mueren sin darle tiempo a hacer las paces con ellos.

Los últimos 20 años de la vida de Sartre se han regido por las mismas constantes que hemos apreciado en los años anteriores. Si bien no llegó a escribir la segunda parte de la “Crítica de la Razón dialéctica”, su actividad filosófica no ha cesado y prueba de ello son los tres voluminosos tomos, aparecidos ya en los años 70, sobre Flaubert. No deja de llamar la atención el hecho de que Sartre nunca escribiera las segundas partes que prometía y que estas segundas partes dejaran paso al estudio de algún escritor de su particular interés. Por lo que respecta al resto de sus actividades, de todos es conocida su renuncia al premio Nobel, su participación en el Mayo francés, así como en el Tribunal Russell, su aceptación de la dirección de una veintena de publicaciones —en defensa de la prensa revolucionaria—, entre las cuales la más conocida sea quizá “La cause du peuple”; por no citar ya sus incesantes viajes, las numerosas entrevistas con-

10. SARTRE, J.-P.: *Saint-Genet, comédien et martyr*, Paris, Gallimard, 1952.

11. SARTRE, J.-P.: *Critique de la Raison dialectique*, Paris, Gallimard, 1960.

cedidas, su visita a Baader —tan denostada por la prensa de la República Federal de Alemania—.

En los últimos años de su vida nos encontramos con un Sartre medio ciego, que anda torpemente, decrépito antes de tiempo. Es como si algún dios vengativo hubiera querido cobrarse la factura de una vida demasiado intensa. No ha habido, sin embargo, pérdida de lucidez, ni desinterés por lo que sucedía a su alrededor. Un mes antes de su muerte “Le Nouvel Observateur” publicaba una entrevista suya con Benny Lévy, joven compañero del grupo “mao” al que Sartre estuvo ligado en los años 70. Se ha cerrado el ciclo vital de un hombre que, desde niño, sintió que llevaba en su frente la marca que le destinaba a ponerlo todo en palabras, a repensar por su cuenta todas las cosas y a testimoniar acerca de ellas. El fruto de esta vida, que es su obra, es ahora patrimonio de todos, y a ella quisiera dedicar las siguientes páginas de este artículo.

La obra

No se me esconde que cualquier periodización resulta artificiosa; se trata de establecer compartimientos estancos allí donde sólo existe un fluir; pero a veces podemos aceptar una convención de este tipo con finalidades didácticas. Sin embargo, en el caso de Sartre se ha acentuado tanto la diferencia, que yo no comparto, entre un primer período existencialista y un segundo marxista, que resulta casi imposible, cuando se tiene un cierto conocimiento de causa, aceptar una periodización tal. Más arriba he mencionado la existencia efectiva de un cambio de mentalidad, pero eso no equivale a un vuelco en sus principios teóricos. Y esto lo defiendo aún en contra de lo que el propio Sartre afirmara y creyera; para ser marxista, lo mismo que para ser cualquier otra cosa, no basta con quererlo. Existe, eso sí, la introducción de una serie de elementos nuevos a los que iré aludiendo.

En otro lugar¹² me he referido a la importancia del ensayo “La trascendencia del Ego” para entender la posterior producción filosó-

12. ZURRO, M.^a DEL R.: *El campo de conciencia: prepersonalidad y prerreflexión* en J.-P. SARTRE, en: ANALES DEL SEMINARIO DE METAFISICA. Madrid, 1971, pp. 57-83.

fica de Sartre; en esa obra, al igual que en "Lo imaginario" y en el mencionado artículo sobre la intencionalidad, se esbozan ya los temas fundamentales de su filosofía. Las semejanzas de estructura existentes entre la conciencia de "La trascendencia del Ego", el para-sí de "El Ser y la Nada" y la praxis de la "Crítica de la Razón dialéctica" son tan llamativas, que en todo caso podemos hablar de una evolución, pero nunca de una ruptura en la línea de pensamiento de Sartre. Y, a mi modo de ver, estas tres obras encierran la clave de dicho pensamiento.

En el artículo sobre la intencionalidad, auténtico alegato contra la concepción sustancialista de la conciencia y contra la concepción del conocimiento como asimilación, Sartre define la conciencia por la intencionalidad. Este artículo, escrito al calor de su primer contacto con la fenomenología, constituye todo un programa, de modo que resulta difícil exagerar su importancia. Toda conciencia es conciencia-de, es puro "s'éclater vers...", puro estallido hacia afuera. No hay un "interior" de la conciencia; todo está fuera porque la conciencia como tal no tiene contenido. Pues bien, el primer paso para el cumplimiento del programa lo va a dar en "La trascendencia del Ego" cuya finalidad es la de purificar el campo de conciencia o, mejor dicho, fundamentar teóricamente dicha purificación, liberándola de todo centro de opacidad; esta tarea la lleva a cabo mediante la supresión de la hipótesis de un yo trascendental, que "no sólo es superfluo sino también nocivo, es la muerte de la conciencia"¹³. Queda así asegurada la translucidez de la conciencia, que va a ser una tesis constante de su filosofía.

Después de esto, aborda en "Lo imaginario" el estudio de las funciones de la conciencia y descubre que la fundamental es la función "irrealizante"; se trata de la capacidad de la conciencia de poner "tesis" de irrealidad. Y a lo largo de este estudio afloran dos caracteres inherentes a la conciencia: la negatividad y la libertad; estos dos caracteres se destacan sobre el fondo de otra categoría fundamental del pensamiento de Sartre: la de situación.

Aquí está, pues, el germen de lo que va a desarrollarse en "El Ser y la Nada", muchas de cuyas tesis son aquí objeto de discusión, de

13. SARTRE: *La transcendance de l'Ego*, ed. cit., p. 23.

tal manera que resulta difícil entender dicha obra sin un estudio previo de estos escritos anteriores.

El paso de la teoría del conocimiento a la ontología está ya prefigurado en la concepción que Sartre tiene de la intencionalidad. Pero esto no es suficiente; la propia fenomenología reclama una ontología y Sartre es quien, a pesar de sus múltiples infidelidades con respecto a Husserl, realizó el proyecto de éste de construir una ontología. En efecto, la fenomenología no puede quedarse en ser un puro método; desde el momento en que la conciencia es definida por la intencionalidad, la cual establece una íntima ligazón de la conciencia con las cosas y con el mundo, estamos ante el ser-en-el-mundo de las filosofías de la existencia. Husserl (este es el reproche que Sartre le hace), a la hora de construir la ontología que la actitud fenomenológica reclama, retrocede a la posición timorata del idealismo crítico y se dedica a estudiar el ego trascendental. Sartre, mediante una reducción fenomenológica radical, se sitúa de entrada en el terreno del ser; se trata de una reducción llevada al extremo y que nos pone directamente ante dos regiones del ser: el ser en-sí y el ser para-sí, con una particularidad, que de un lado cae todo el peso y de ahí que se aplique al ser en-sí el calificativo de macizo y opaco; del otro lado queda la conciencia-de, lo que no es, la pura translucidez. Estas dos regiones, sin embargo, son dos perfectas abstracciones; lo real no es la conciencia translúcida ni el ser opaco; lo real es el ser-en-el-mundo. La ontología fenomenológica de Sartre va a consistir en un análisis de las estructuras de ese ser-en-el-mundo.

Hay una innegable vertiente práctica en toda la obra de Sartre; y así, al avanzar la lectura de "El Ser y la Nada" (sobre todo en el análisis de la intersubjetividad, aparece la necesidad de una ética. De la misma manera que la fenomenología de Husserl reclamaba una ontología, la ontología de Sartre reclama una ética. El mismo Sartre nos la promete al final de esta obra, promesa que no llegó a cumplir. A menudo se ha dicho que, sentadas las bases individualistas de la obra anterior, era imposible llevar a cabo esta tarea. Sin embargo, a mi modo de ver, su estudio de la intersubjetividad no impide nada. Me explico: ¿puede cerrar el camino a una intersubjetividad de signo positivo una filosofía que, como la de Sartre, hace del para-otro una estructura contemporánea del para-sí? El *Dasein*

es *Mitsein*. En una obra posterior, la "Crítica de la Razón dialéctica", veremos cómo, para Sartre, las relaciones interhumanas, a priori necesarias desde el momento en que hay más de un hombre, no están en principio determinadas a ser ni positivas ni negativas; queda, por tanto, la puerta abierta a que discurran por el mejor camino.

Más acertada me parece la crítica que echa de menos en la obra sartriana anterior a 1945 una consideración de la dimensión histórica del ser-en-el mundo. No podríamos achacar lo mismo a un Heidegger, pongo por ejemplo. Pues bien, esta dimensión es la que Sartre intenta introducir en la "Crítica de la Razón dialéctica" que, en mi opinión, constituye un intento de fundamentar a priori la Historia. Me estoy refiriendo, naturalmente, a su "Teoría de los conjuntos prácticos" y no a las "Questions de méthode". Por muchas razones podríamos hablar de un entronque de esta obra con las filosofías políticas de la Modernidad, ya que no se trata en ella de describir la génesis real de los grupos humanos (como tampoco era esta la intención de un Hobbes o de un Spinoza), sino de descubrir las *condiciones de posibilidad de una Historia*.

Esta tarea pretende Sartre llevarla a cabo a partir del análisis de las estructuras de la praxis individual, aun a sabiendas de que la praxis individual es algo perfectamente abstracto, lo mismo que la conciencia o que el para-sí. Es decir, Sartre parte de la praxis individual por imperativos metodológicos, lo mismo que los filósofos de lo política de la Modernidad hablaban de un supuesto "estado de naturaleza".

Esta fundamentación a priori de la Historia no llegó Sartre a completarla. La segunda parte de la "Crítica de la Razón dialéctica" no llegó a aparecer. La empresa era, probablemente, desbordante y, de la misma manera que en vez de una ética escribió su Saint-Genet a continuación de "El Ser y la Nada", nos encontramos también en esta ocasión con un estudio sobre un escritor, sobre su vida, su obra, su época. Estoy hablando, por supuesto, de "El idiota de la familia", estudio monográfico sobre Flaubert, al que ya en épocas muy anteriores había dedicado su interés.

Para concluir me gustaría poner una apostilla a los epígrafes con que he encabezado las dos partes de este artículo. Con respecto al

hombre Sartre estaría de más un “llanto post mortem”; más bien habría que decir “feliz él, que vivió la vida que deseaba vivir”. Lo que se suele llamar el “vulgo” acepta estas cosas con una naturalidad de la que el intelectual tiene mucho que aprender. La cajera del “Flore”, bar que Sartre frecuentó con asiduidad en una época, decía al periodista de “Le Monde” respondiendo a una pregunta de éste acerca del impacto que le había producido la muerte del filósofo¹⁴: “Ya no era tan joven; algún día tenía que morirse”. Con respecto a la obra, ésta desborda los límites del individuo y se proyecta más allá de su época; es inmortal; el hombre Sartre renunció a convertirse en vida en un inmortal, su obra, ya patrimonio de todos, es un bien imperecedero.

MARIA DEL ROSARIO ZURRO

14. *Le Monde*, 17 de abril de 1980.